

**HISTORIA DE LA COMUNICACIÓN:  
PERSPECTIVAS METODOLÓGICAS Y  
TEÓRICO HISTORIOGRÁFICAS  
DESDE LA HISTORIA CULTURAL**

---

**HISTORY OF COMMUNICATION:  
METHODOLOGICAL  
AND THEORETICAL-HISTORIOGRAPHICAL  
PERSPECTIVES FROM THE CULTURAL HISTORY**

Juan Gracia Cárcamo  
UPV/EHU

*Entregado el 10-6-2011 y aceptado el 19-6-2012*

**Resumen:** El trabajo ofrece una reflexión teórico-conceptual y temática en torno a un ámbito historiográfico de desarrollo relativamente reciente: la Historia de la Comunicación. A la hora de articular su propuesta, el autor se basa en su experiencia docente e investigadora. Parte de la necesidad de introducir algunos criterios orientativos en un terreno dominado con frecuencia por la confusión y por los recelos existentes entre las distintas disciplinas historiográficas. Debido a los cambios que ha experimentado la sociedad contemporánea, en las últimas décadas, la reflexión historiográfica se ha ido abriendo a nuevos ámbitos y protagonistas. La preocupación por los mensajes comunicativos, los medios y las *estrategias* ha confluído en el espacio común no suficientemente definido de la *Historia social de la cultura/ Historia cultural de las sociedades*. Después de un recorrido exhaustivo por las distintas corrientes y escuelas que han tratado el tema, el autor ofrece una propuesta que se mueve entre la interdisciplinariedad y el realismo.

**Palabras clave:** Historia de la comunicación, historia cultural, historiografía.

---

**Abstract:** The article offers a theoretical-conceptual reflection about a recent historiographical field: history of communication. Author bases his pro-

posal on his research and teaching experience. He needs to introduce some guides in an area dominated by confusion and fear among different historiographical schools. Due to changes in the contemporary society in last decades, historiographical reflection has opened itself to new ambits and protagonists. Prejudice for communicative messages, media and the *strategies*, all have converged in the not enoughly defined common space of the *Social History of the culture/Cultural history of the societies*. After an exhaustive course through the streams and schools that have dealt with the subject matter, the author offers a proposal moving himself among the interdisciplinarity and the realism.

**Key words:** History of communication, cultural history, historiography.

Los objetivos de este texto tratan de hacer una serie de consideraciones metodológicas y teóricas de carácter historiográfico sobre la historia de la comunicación<sup>1</sup>. Se parte de una premisa: además de los nexos evidentes con otros ámbitos propios de las Ciencias de la Comunicación<sup>2</sup>, la historia de la comunicación debe tener un estatuto comparable al de otras disciplinas historiográficas. La relación permanente y continua de la historia de la comunicación con la historia cultural, entendida ésta en un sentido muy específico<sup>3</sup>, no debería ser, por supuesto, inclusiva ni excluyente. Independientemente de la relación intensa que la Historia de la Co-

---

<sup>1</sup> Dado el carácter metodológico del texto y por mantener una cierta precisión conceptual, en este ensayo se ha intentado diferenciar entre Historia (el pasado) e historia (el estudio de ese pasado). Se habla, por tanto, de Historiografía y no de historia de la historiografía (Arostegui, J., 2001). Las referencias bibliográficas se han restringido voluntariamente a la bibliografía disponible en castellano, aunque lo disponible en ese ámbito sea mucho menor de lo que se encuentra en publicaciones del ámbito anglosajón, francés, italiano, etc. La bibliografía sobre el tema disponible en el catálogo general de las bibliotecas universitarias españolas revela que muchas publicaciones importantes en esos idiomas se encuentran accesibles en relativamente pocos centros académicos, lo que contrasta con lo que ocurre en otras áreas de la historia cultural y de la comunicación, como la historia económica, social, política, etc. El texto que se presenta es deudor de ideas que se plantearon, hace ya unos años, de forma embrionaria como parte introductoria de un texto más amplio editado en una publicación local sobre el desarrollo de los medios en el Bilbao contemporáneo. El tiempo transcurrido desde entonces, el diferente marco espacial estudiado o la renovación de conocimientos han dado lugar a una versión muy distinta de la inicial. La publicación de A. Checa Godoy: *Historia de la comunicación: de la crónica a la disciplina científica*, Netbiblo, La Coruña, 2008, incluye un repertorio muy completo de referencias bibliográficas sobre historia de la prensa, radio, televisión, cine y publicidad. Dado el reducido espacio de que disponemos, esta circunstancia nos ha llevado a no incluir aquí referencias bibliográficas ya accesibles a través de esa obra. En cualquier caso, se anota siempre al autor y el año de las publicaciones que son citadas para que se pueda conocer su referencia completa en la red de catálogos universitarios <http://rebiun.crue.org/rebiun/fin.htm> o la de la Biblioteca Nacional <http://www.bne.es/> (remitiéndose desde allí a enlaces a otras grandes bibliotecas europeas).

<sup>2</sup> Se sigue la perspectiva comparativa imprescindible en cualquier ámbito las Ciencias Sociales, incluido lógicamente el historiográfico (Detienne, M., 2001; Sartori, G.; Morlino, L. (1991). No hay que olvidar que, lejos de ser reciente en el campo de la Historia, esa perspectiva comparativa tiene un largo recorrido: fue defendida desde finales del siglo XIX por H. Berr y luego divulgada por sus seguidores de los *Annales* y por otras escuelas historiográficas del siglo XX.

<sup>3</sup> Nos referimos a la «historia sociocultural» defendida por Burke, P. (1993a), autor de una influyente obra dedicada a la historia de la «cultura popular» Burke, P. (1991) (ed. or.: 1978). Parte de su obra es perfectamente accesible en castellano: Burke, P. (1993b), (1994) (2000) (2002) (2006).

municación debe mantener con otros ámbitos historiográficos, propios de la Historia política, social, económica, de la técnica..., debería respetar los límites disciplinares de cada ámbito de conocimiento.

Además de basarse en una relectura e interpretación de estudios referidos a la historia de las prácticas comunicativas y de los medios de comunicación, obviamente realizamos nuestra reflexión desde la Historia Cultural y desde la Teoría y Metodología historiográficas. Tratamos, quizás con cierta ingenuidad, de ofrecer una pequeña contribución a otros investigadores que quieran estudiar la historia de la comunicación desde ámbitos de conocimiento frecuentemente alejados, los de las Ciencias históricas o las Ciencias de la Comunicación, a los que pretendemos aportar un marco historiográfico-metodológico conceptual al que remitirse.

Las reflexiones que se ofrecen parten de una experiencia docente e investigadora de más de dos décadas, tanto en asignaturas relativas a la metodología y teoría de la historia<sup>4</sup>: historia de la comunicación y, en menor

---

<sup>4</sup> Al margen de los tempranos estudios metodológicos procedentes de la historiografía alemana como el de Droysen, J. (1868), no traducido al castellano hasta tardíamente (1977), otros tratados positivistas germánicos como los de Berheim, C. (1908) o Bauer, W. (1921) pudieron influir en la obra canónica de la metodología historiográfica española de gran parte del siglo xx: García Villada, Z. (1921). Desde su traducción castellana de 1913, la obra que más influyó fue el manual metodológico-historiográfico de Langlois, C.; Seignobos, C. (última ed. esp: 2003). En los comienzos de los 70 la bibliografía española contaba ya con el manual de Vázquez de Prada, V. et al (1974), que recogía ya aportaciones de los *Annales*, el grupo de Cambridge y un capítulo de Sorlin, P., dedicado al estudio del cine y la historia. El cambio fue notable en los años 80. Aparecieron obras escritas en castellano como la de Cardoso, C.; Pérez Brignoli, H. (1986; última reed.: 1999), o traducidas, como la de Catalano, F. (1980; ed. or.: 1977) o Topolsky, J. (1982; ed. or: 1973), muy influidas por el materialismo histórico. A partir de los años 90 la situación evolucionó desde ese paradigma marxista a una situación de supuesta «crisis de la historiografía». Nos referimos a obras escritas en español como la de Moradiellos, E. (1994) o traducidas del italiano, como la de Gaetano, G. (2000) que mostraba un nivel teórico muy superior a tratados como el de Greco, G. (1994). Otros manuales tenía un carácter más didáctico e incluían aspectos misceláneos de carácter metodológico-historiográfico y didáctico como los de Cortázar, G. (1986) o Martínez Ruiz, E. (1989) o Moral, J. (1999). Obras recientes sobre metodología y técnicas historiográficas como Alted, A. (2006) muestran características más sensibles al tratamiento de los testimonios orales o de las fuentes visuales, lo que evidencia el influjo del llamado «giro cultural». En este apretado repaso historiográfico no se incluyen obras no traducidas pero tan influyentes en la metodología histórica española de los años 70 como el célebre tratado enciclopédico de Samaran, C. (1961). En él se incluían referencias a fuentes periodísticas, fotográficas, cinematográficas, etc. Tampoco se mencionan otras obras anglosajonas de menor impacto en España como las de Rowse, A.L. (1963),

grado, historia y antropología cultural. Ello me lleva a precisar que en historia hay una cierta confusión, que no se produce en otras áreas de las Ciencias Sociales más formalizadas, entre métodos, técnicas y teoría historiográficas. Quizás se trata de una deriva del particular estatuto disciplinar de la historia, que se mueve entre las Ciencias Sociales y las Humanidades. Y, aunque esto influye, sin duda, en los problemas metodológicos e historiográficos de la historia de la Comunicación, se trata, sin embargo, de un problema demasiado complejo para ser aquí tratado de forma específica.

De un modo voluntariamente esquemático y siguiendo lo que es un tópico didáctico cómodo aunque excesivamente simplificador dentro de las Ciencias Sociales, se podría distinguir entre métodos «cuantitativos» y «cualitativos». Aunque cada uno de esos métodos presente en el ámbito historiográfico matices diferenciales respecto de los correlativos de las Ciencias Sociales en general, se puede decir que los métodos estadísticos son compartidos, en gran parte, por la disciplina historiográfica y esas Ciencias Sociales<sup>5</sup>. Otra cuestión ya más compleja es la referida a los métodos «cualitativos» propios de la historiografía. Si algunos son evidentemente comunes (piénsese en el tratamiento de la información en los llamados «relatos de vida» de los testimonios orales)<sup>6</sup>, no ocurre lo mismo

---

Galbraith, V.H. (1964), Postan, M. (1971), Elton, G.R. (1972), Todd, M. (1972), etc. Tampoco se incluyen determinadas obras de carácter básicamente reflexivo-heurístico editadas por influyentes historiadores contemporáneos españoles como J. Fontana, E. Hernández Sandoica, J. Sánchez Jiménez, G. Passamar, J. Aurell, T.M. Ortega, etc., como tampoco las numerosísimas aportaciones procedentes del mundo francófono, anglosajón, italiano, alemán... situadas entre la historia de la historiografía, el estudio de las tendencias o corrientes historiográficas «actuales» de cada momento, la reflexión cuasi teórica, cercana en realidad a la Filosofía de la Historia. Quedan también excluidas las obras escritas por M. Tuñón de Lara ya sobre metodología histórica o ya de reflexión epistemológica sobre la historia, tratadas por el profesor Félix Luengo.

<sup>5</sup> Existe una serie de textos introductorios sobre estos aspectos. Parten de Marczewski, J. (1965), Aydelotte, W.O. (1971), Aydelotte, W.O. *et al.* (1972), Marczewski, J.; P. Vilar (1973: ed. esp.), Landes, D.S. *et al.* (ed. esp.: 1975), Floud, R. (1973; ed. esp.: 1975), Heffer, J. (1981); pasan por Jaraus, K.H.; Ardí, K.A. (1991), Fomenko, A.T. (1994) P. Hudson, P. (1997) o Coll, S.; Guijarro, M. (1998) y llegan a Saly, P. (2001), Cellier, J.; Cocaud, M. (2001), Feinstein, C.H.; Thomas, T. (2002), Saly-Giocanti, F. (2005) o Lemercier, C.; Zalc, C. (2008). Las versiones de estos textos accesibles en castellano son excepcionales, aunque es verdad que se incluyen capítulos al respecto en obras metodológicas en español como las de Cardoso, C.; Pérez Brignoli, H., o Topolsky, J.

<sup>6</sup> Existe una numerosísima literatura de introducción teórico-metodológica al respecto. Al margen del caso pionero de Vansina, J. (1968: trad. esp), cabe destacar las aportaciones de Henige, D. (1982), Joutard, P. (1986: ed. esp.), Sapriza, G. (1988: trad. cast.),

respecto con otros. La existencia dentro de la historia de la historiografía de un supuestamente llamado «método histórico» que hacía referencia a la crítica textual planteó, durante décadas, complejas discusiones entre la metodología historiográfica y la de las Ciencias Sociales. En realidad, ese «método histórico» defendido por la escuela historiográfica positivista venía a ser la aplicación a esta área disciplinar de elementos procedentes del análisis filológico característico del siglo XIX. En cualquier caso, si a la altura de los años 70 del siglo XX seguían empleándose categorías analíticas referidas a la crítica textual «externa» e «interna» de los documentos, sin embargo, desde hacía décadas, los llamados *Annales* habían criticado la restrictiva concepción de «documento» procedente del positivismo histórico. Frente a esta rancia corriente historiográfica en la que el «documento» estaba referido sólo a textos escritos (manuscritos, impresos...), desde la llamada historiografía analítica que parte de los años 30 del siglo XX (más intensamente desde la década de los 50) se enfatizó en que cualquier testimonio procedente del pasado (testimonios arqueológicos, artefactos tecnológicos, documentos visuales, relatos orales...) tenía esa categoría documental, lo que exigía ampliar de manera sustancial el campo del tradicionalmente llamado método histórico-crítico. A partir de los años 80 del siglo XX, ese llamado método crítico textual recogió en el seno de la historiografía el impacto de las repercusiones del pensamiento

---

Passerini, L (1988), Plummer, K. (1989: ed. esp.), Thompson, P. (ed. or.: 1978; trad. cast.: 1988), Lanzardo, T. *et al.* (1989), G. Pineau; G. Jobert (1989), McMahan, E.M. (1989), pasando por Ferrarotti, F. (1990: ed. esp.), S.B. Gluck; Patai, G. (1991), Pujadas, J.J. (1992), Marinas, J.M.; Santamarina, C. (eds.) (1993), Sitton, T. *et al.* (1993: ed. esp.), Folguera, P. (1994), Marcombe, D. (1995), Aceves, J.E. (1996), G. Pineau, G.; Le Grand, J.L. (1996), Singer, W. (1997), Perks, R.; Thomson, A. (1998), Poirier, J. (trad.: 1999), López-Barajas, E. (1998). Más recientemente encontramos los trabajos de P. Chamberlayne *et al.* (2000), Schwarzstein, D. (2001), B.W. Sommer; Quinlan, M.K. (2002), Roberts, B. (2002) Ritchie, D.A. (2003), Poggio, B. (2004), Sautu, R. *et al.* (2004), Sarlo, B. (2005), Robin, J.Y. *et al.* (2004), Goodley, D. (*et al.*) (2006) o Riessman, K.K. (2008). Hay que anotar que entre los autores citados se cuentan tanto historiadores como sociólogos, adscritos éstos al llamado método biográfico. Cabe destacar que una parte significativa de estas publicaciones en lengua española y portuguesa proceden del otro lado del Atlántico, lo que resulta muy indicativo frente a lo que ocurría respecto de los libros sobre «métodos cuantitativos» para historiadores, mayoritariamente editados en francés o inglés. No se entra con más detenimiento en aspectos relacionados con la metodología de la realización y tratamiento de entrevistas de Historia Oral que se caracterizan por modelos distintos de las entrevistas periodísticas. Sobre ello he escrito en Garaizar, I.; Gracia J., Valverde, L. dentro del libro de López Atxurra, R. (ed.), (1995: pp. 231-249), o en la revista *Teaching History*, 86, 1997: pp. 21-24 y en Mieza, R.M.; Gracia Cárcamo, J. (2000: pp. 85-98).

postmoderno. Se pasó, de este modo, de la crítica textual propia de la filología previa a Saussure a la llamada crítica postestructuralista. Esto generó en el ámbito de la Historia un debate intenso sobre el llamado «giro semiótico», que dio lugar a discusiones de carácter muy radicalizado, pero que afectaron más al discurso que a la práctica historiográfica, dando lugar a lo que se ha llamado, de forma más o menos afortunada, «historia post-social»<sup>7</sup>. De modo más amplio y en esa misma época postmoderna, se asistió paralelamente al desarrollo de una amplia historia cultural (fenómeno concebido con frecuencia y de forma enfática como «giro cultural») que ofrecía posibilidades de debate muy favorables con una historia específica de la comunicación. Éste es, por tanto, el marco teórico-metodológico en que debe entenderse esta aportación.

Dada la trayectoria relativamente «reciente» de esta área disciplinar, existen muchas preguntas —y muchos vacíos informativos previos— que quedan sin contestar en la teoría y metodología historiográficas de las prácticas comunicativas y de los medios de comunicación. Y no sólo en España.

Se parte aquí de la base de que una «historia sociocultural» de la comunicación hace referencia a la evolución de los medios impresos y audiovisuales, pero también a la trayectoria de la publicidad comercial, de la persuasión política (o religiosa o de cualquier otro ámbito ideológico) o del pensamiento sobre los medios de comunicación. Esta reflexión se propone, en síntesis, un objetivo teórico-historiográfico, aunque desde otros ámbitos disciplinares, como el de la Filosofía de la Historia, se haya dudado de la posibilidad de que pueda ser realizada por historiadores<sup>8</sup>. Partimos de una antigua sentencia que afirma que «sin teoría no hay historia»<sup>9</sup>.

---

<sup>7</sup> No es el lugar de tratar de este debate más teórico-filosófico que metodológico. A falta de espacio para discusiones detenidas se destaca sólo un amplio *reader* y una síntesis breve de Jenkins, K. (1998) (1999). La abrumadora literatura existente llevaría hasta autores anglosajones recientes como Raddeker, H.B. (2007). En castellano se remite a la obra del más conocido defensor español de esta corriente: Cabrera, M.A. (2001) y su monográfico editado en la revista *Ayer* (n.º 62).

<sup>8</sup> No es casual que muchos maestros de la Filosofía de la Historia (véase como simple ejemplo, Aron, R. (2001: ed. esp.)), hayan creído que, cuando reflexionan sobre la Historia y la historiografía, los historiadores actúan más bien como bienintencionados artesanos que hacen comentarios ingenuos sobre su oficio. No se entrará aquí a discutir este asunto.

<sup>9</sup> Siguiendo lo que ha sido una constante de la historiografía, la historia cultural debería incorporar conocimientos de la Teoría y Sociología de la Cultura y de la Comunicación. De ahí que no esté de más acercarse a clásicos de lo que se llamaba en su momento «Teoría de la información»: Moles, A. (1976) a Collins, R. (ed.) (1986), Grignon, C.; Passeron, J.C. (1992), Haslam, C. (1994), Muñoz, B. (1995), Mattelart, A. (1996), Mc Quail, D. (1983),

Cuesta pensar que, en cualquier estudio histórico, por muy empírico que sea, no haya un sustrato teórico más o menos amplio. Sería erróneo, en todo caso y tal y como ha señalado un reconocido experto historiador post-estructuralista —H. White (1992) (2001) (2002) (2003)—, no ver estrategias narrativas que condicionan la mirada incluso en los anales antiguos o en las crónicas aparentemente más asépticas o ingenuas.

Cualquier análisis teórico remite a un horizonte de expectativas que nunca resulta cumplido, porque se refiere a un modelo o tipo ideal tópicamente calificado de «weberiano». Somos conscientes de que un exceso de lecturas teóricas que no concluya en un estudio aplicado puede derivar en un ejercicio pasivo lejano a la producción de conocimiento. Pero, con frecuencia, suele suceder justamente lo contrario: voluntaria o inconscientemente, se corre el riesgo de generar trabajos de forma apresurada. Y esto es aún más corriente dentro de creciente tendencia, cada vez más agudizada, de exigir una elevada producción de conocimiento. Ello impulsa imperiosamente a conseguir resultados, lo que puede derivar en la producción de estudios de muy valioso nivel informativo, pero excesivamente reducidos a lo empírico.

Por supuesto que no tendría sentido adoptar una perspectiva extremadamente ambiciosa, pero poco realista, de lo que se podría lograr en las investigaciones sobre Historia de la Comunicación. No se trata de ampliar utópicamente, pero de modo nada pragmático, el horizonte teórico-metodológico en el ámbito historiográfico. Y no sólo debido a la escasez de los recursos de que se dispone en España a la hora de poder investigar en Historia Cultural y de la Comunicación, escasez que afecta de igual manera a otras áreas de conocimiento de las Ciencias Sociales.

Hay que recordar que, al margen de excepciones muy valiosas, en la Universidad española no ha habido hasta época muy reciente una gran tradición de pensamiento teórico sobre Historia de la Comunicación; lógico, si se tiene en cuenta que esta disciplina no se ha consolidado en el mundo académico en épocas tan tempranas como en otros ámbitos del saber. No es extraño que ocurra esto en las Facultades de Ciencias de la Comunicación españolas, cuya trayectoria, salvadas excepciones y precedentes co-

---

Moragas Spa, M. (1985), Storey, J. (1994) y (1996), y otros más recientes y accesibles en castellano centrados en la teoría de la cultura, como Bauman, Z. (2002) o Schroeder, G.; Breuninger, H. (eds.) (2005) o en la teoría de la comunicación, como Piñuel, J.L.; Lozano, C. (2006), Adamo, O. (2007) o Boni, F. (2008) o estudios sobre sociología de la comunicación como los de Roiz, M. (2005) o Espinar, E. *et al.* (2006).



nocidos, arranca de poco más allá de tres décadas. Pero, afortunadamente, la situación en el final de la primera década del siglo XXI dista de aquella situación<sup>10</sup>.

Es verdad que desde hace tiempo se han escrito muchos ejemplos de crónica, trabajos empíricos, repertorios informativos, historiografía positivista, etc., pero también estudios analíticos sobre historia de la prensa<sup>11</sup>

---

<sup>10</sup> A modo de breve ejemplo, y en torno a publicaciones recientes españolas, se pueden recordar Sala, R. (2007), Checa, A. (2008), Alonso, L. (2008). Su lectura no dispensa de consultar estudios tan conocidos como Brügger, N.; Kolstrup, N. (eds.), *Media History. Theories, Methods, Analysis*, Oxford, 2002, o Cannadine, D. (ed.), *History and the media*, Palgrave, 2007.

<sup>11</sup> Es difícil no decir nada nuevo sobre la arcaica confusión en que incurren los historiadores al identificar la historia de la comunicación, no ya con la historia del periodismo, sino con historia de la prensa. Esto está cambiando en las últimas décadas gracias, por ejemplo, a que el estudio sobre la era contemporánea se centra cada vez más en el siglo XX. Ello tiene que ver seguramente, y entre otros muchos motivos, con la *iconosfera* actual o con la propia crisis que está viviendo de la prensa tradicional en muchos países; aunque los historiadores —salvo los jóvenes— suelen seguir siendo personas muy habituadas al mundo de lo impreso. Señalaremos la influencia de obras divulgativas, como la de Albert, P. (1990), cuya difusión en España ayudó a renovar una senda iniciada en el siglo XX por una publicación excepcional: Weill, G. (2007), última reedición de la original de 1934). No es casual que no proliferen ya el concepto de «prensa», considerado como arcaico, aunque siguiera apareciendo en solventes manuales como Pizarroso, A. (ed.) (1994) o, ya fuera de España, en reediciones de libros célebres como Emery, E.; Emery, M. (1984). Por lo que hace al caso español, es significativo que el concepto de «periodismo» aplicado a prensa, radio y televisión se impusiera en visiones generales como la de Saiz, D.; Seoane, M.C. (1983-1996), Sánchez Aranda, J.J. (1992), Fuentes, J.F.; Fernández Sebastián, J. (1997), Barrera, C. (1999), (2000), Pizarroso, A. *et al.* (2001). Es cierto que, entre ellos, habría que distinguir entre manuales, coloquios, colecciones de textos, etc. Imperaba también el concepto de periodismo en libros de menor difusión, como Sohr, R. (1988) o Hernández, J.A. (1996), escritos en castellano sobre el panorama mundial. Y se aprecia esto mismo en obras de calidad posteriores: Gómez Mompert, J.L. *et al.* (1999), Guillamet, J. (2003), Barrera, C. *et al.* (2004). Resulta sintomático que la bibliografía general traducida al castellano y que alude expresamente a historia de «los medios» sea relativamente reciente. Es lo que sucede con Barbier, F. (1999) o Briggs, A.; Burke, P. (2002), y en síntesis divulgativas no traducidas que inciden en este asunto: Jeanneney, J.N. (1996). Es bien sabido que en el ámbito anglosajón el concepto de «Communication (s)» ha tenido más relevancia a nivel historiográfico. De ello son muestra estudios divulgativos como los de Carey, J. (1989), Crowley, D.; Heyer, P. (ed.) (1997), Ward, K. (1989), Williams, K. (1998), Curran, J. (2005). Es significativo que una de las síntesis más elaboradas en español como la de Borderia, E. *et al.* (1996) recoja, en parte, ese enfoque anglosajón. Una tradición historiográfica española distinta se muestra, p. e., en Espejo Cala, C. (1996) (1998) y otros muchos estudios generales difundidos. No se alude aquí a una conocida bibliografía sobre historia de la comunicación recogida de forma muy precisa en síntesis como Chaca, A., (2008).

(materia abordada por los historiadores) y de la cinematografía (estudiada inicialmente desde las Facultades de Arte). Todo hay que decirlo. No es casual que en muchas bibliotecas —y siguiendo antiguas directrices de la UNESCO— se considerase a las publicaciones sobre prensa como una materia que entraba dentro de la historia de la prensa y a ésta dentro de la historia. De este modo, los libros que trataban sobre la evolución del cine se incluían dentro de la Historia del Arte<sup>12</sup>.

Es bien sabido que muchos historiadores contemporaneístas frecuentan —o han frecuentado en alguna etapa de su trayectoria investigadora— las hemerotecas con mayor o menor asiduidad. Pero los historiadores han considerado generalmente al periodismo impreso desde un punto de vista instrumental, como un medio de documentación. Hoy los contemporaneístas, sobre todo si están especializados en la historia del siglo XX, se han dado cuenta de la importancia que para sus estudios tienen centros documentales como las fototecas, filmotecas, etc., entre otras «mediatecas». En la última década, se constata la creciente importancia que se otorga al conocimiento adquirido a través de las imágenes a la hora de estudiar cualquier periodo, incluso en épocas muy anteriores a la contemporaneidad. Mucho más ocasionalmente se ha tendido a recurrir a otras «fuentes» de carácter mediático, como la radio o la televisión, lo que viene condicionado por el problema planteado en torno a la conservación de documentos audiovisuales relativos al siglo XX.

Habría que destacar, además, otro problema epistemológico. Los historiadores suelen concebir de forma demasiado tajante la existencia de tres funciones muy distintas en los medios: la información, la persuasión y el entretenimiento<sup>13</sup>. Y eso cuando no se piensa de modo aún más ingenuo

---

<sup>12</sup> Al tratarse de un tema muy conocido, no es cuestión de extenderse sobre la inexistencia de una homogeneidad en biblioteconomía a la hora de ordenar los volúmenes sobre medios de comunicación que distan de estar agrupadas en los estantes de las Universidades. Sobre ello se ha insistido tanto que es imposible decir casi nada que no sea tópico.

<sup>13</sup> Vid. lo que señalaban Montero Díaz, J.; Rueda, J.C. (2001) en una síntesis muy conocida que fue quizá la primera que en modo de libro monográfico se planteó aspectos teórico-metodológicos sobre historia de la comunicación social escrito por académicos españoles, por lo que yo conozco. Ello no supone ignorar ni mucho menos que desde veinte años antes había existido una serie de reflexiones sobre la historia de los medios de comunicación en España por autores como Almuíña, C. (1991) (1994) (1995a) (1995b) (1997) (2001a) (2001b); Timoteo Álvarez, J. (1978) (1980) (1987) (1990) (1991) (1996) (2004) o, en distinto plano, Moreno Sardá, A. (1982) (1996) (1994)... entre otros muchos ejemplos, por sólo citar tres autores de extensa trayectoria en el tiempo, independientemente de la diferencia de enfoques que presentan.

que cada medio tiene una «misión» distinta y específica. A la mayoría de los historiadores les ha interesado la información que el periodismo impreso (ahora obviamente los soportes digitalizados) proporciona sobre el presente y el pasado. Y en esto coinciden tanto los especialistas en historia política, ideológica, social, económica, etc. Es verdad que a otros historiadores ha podido atraerles, como objeto de estudio, la persuasión; pero su atención se ha dirigido, sobre todo, a la persuasión (cuando no coacción de masas) de carácter político, llamada habitualmente «propaganda»<sup>14</sup> y, en menor grado, la evolución de los comportamientos del consumo (historia socioeconómica y cultural)<sup>15</sup>. En cambio, el entretenimiento no ha tenido tanta relevancia para los historiadores académicos. Demasiado a menudo lo han considerado como un asunto trivial, propio del desprecio

---

<sup>14</sup> Como es sabido, el término de propaganda no tiene en origen nada de peyorativo, sino que surge en la Iglesia contrarreformista con la idea de difundir la fe en el mundo posttridentino. Al margen de ello, la historia de la propaganda política presenta una bibliografía en España de la que es ejemplo en cuanto al marco español un manual tan riguroso como Pizarroso, A. (1990). Esto no supone desprestigiar el valor en su momento de algún breve clásico como Ellul, J. (1969), o no tomar en cuenta aportaciones más recientes de autores como Huici, A. (1996). Inevitablemente, en el mundo anglosajón hay desde hace tiempo síntesis más o menos apreciables, como Thomson, O. (1977), o «enciclopedias» como la monumental recopilación de Laswell, H.L. *et al.* (1980). Tampoco deben olvidarse casos concretos, por referirse a un tema clásico como el fascismo, donde destaca un libro como el de Kershaw, I. (2003) tan elogiado justamente por los contemporaneístas. Sin limitarse a esa época se trata de un asunto abordado para periodos anteriores por reconocidos historiadores como, a modo de muestra, el Antiguo Régimen donde sobresale un libro de uno de los grandes maestros de la historia sociocultural, Burke, P. (1995).

<sup>15</sup> En cuanto a la historiografía del consumo, y al margen de lo relativo a la relación entre moda, diseño, historia y sociedad que ha generado una literatura inmensa bien conocida en sus principales exponentes por los especialistas en historia de la comunicación, no se debe olvidar el gran desarrollo desde la historiografía económica anglosajona de estudios sobre el consumo. Partirían estos en su versión moderna de McKendrick, N. *et al.* 1982, pasando por monografías como Richards, T. (1990), Horowitz, D. (1992), Kowaleski-Wallace, E. (1996), Glickman, L.B. (1999), Berg, M. (ed.) (1999), Scanlon, J. (2000), hasta llegar a influyentes libros recientes como Stearns, P.N. (2001), Smith, W.D. (2002) Hilton, M. (2003), Overton, M. *et al.* (2004), Berg, M. (2005), De Grazia, V. (2006: trad. esp.; ed. or.: 2005), Woodward, I. (2007), Jacobson, L. (2008). Y ello, al margen de notables síntesis en países mediterráneos como Roche, D. (1997), Aliberti, G. (2003), Veiguinha, J.J. (2004). Es verdad que en España, que yo conozca, no hay tanta producción desde la historiografía social y económica al respecto, pese a notables excepciones de síntesis como Alonso, L.E.; Conde, F. (1994) o estudios de conjunto para el mundo preindustrial como Enrique Llopis, E. *et al.* (2003) o Torras, J.; Yun, B. (eds.) (1999), al margen de contribuciones desde la historiografía de la publicidad.

mantenido durante mucho tiempo a la historiografía de la vida cotidiana. Quedan a salvo los autores que se preocupan por una Historia sociocultural que apenas tiene 30 años de presencia universitaria más o menos firme. Antes de esas fechas y salvo excepciones rarísimas, era casi impensable, por ejemplo, una historia social del ocio que no fuera una crónica divulgativa y amable<sup>16</sup>. En España, por el contrario y hasta hace un par de décadas, la investigación sobre Historia del ocio parecía una banalidad poco digna de ocupar a los historiadores<sup>17</sup>. Incluso hoy quizá puedan seguir pensando lo mismo no pocos estudiosos, pero algunas de las revistas académicas más importantes de Historia en el ámbito contemporaneísta peninsular están dedicando ya gran atención a la historia de las prácticas y de los medios comunicativos.

Aunque la situación habría cambiado mucho en este final de la primera década del siglo XXI, se ha solido decir que los historiadores han tendido a ignorar a los medios de comunicación masiva. Se afirma, incluso, que les ha podido inducir a ello un cierto gusto elitista y su condición de académicos a veces un tanto renuentes a la innovación. Y se subraya, so-

---

<sup>16</sup> A este respecto es especialmente significativa determinada historiografía británica: Shivers, J.S., Lisle, L.J. (1997), Huggins, M., Manga, J.A. (2004), Borsay, P. (2006). Sigue una trayectoria inicialmente marcada por excepcionales estudios como el de Plumb, J.H. (1982). Deben mencionarse igualmente otras historiografías europeas como la representada en el excelente libro sobre el caso francés de Corbin, A. (1995).

<sup>17</sup> La obra que inicia una problemática desde la moderna historia cultural del ocio en España fue Uría, J. (1996) que se revalidó con un dossier —en que también intervino este historiador (especialista en historia de la comunicación y de la cultura)— de la revista *Historia Social*, 41, 2001, sobre la mercantilización del ocio, seguido por otro dossier en 2005 sobre el tiempo libre en las dictaduras de entreguerras del siglo XX, entre otras numerosas aportaciones de una revista que ha dedicado gran interés a la Historia Cultural. Sucede igual con la revista, citada en otras parte del texto, *Ayer*, órgano de la Asociación de Historia Contemporánea que dedicó monográficos como su n.º 19 a *Historia de la vida cotidiana*, n.º 24 a *Imagen e historia*, n.º 58 a *Historia de la lectura*, y n.º 62 a *Más allá de la Historia Social*. O en el caso cercano de la Facultad de CC. Sociales y Comunicación de la Universidad del País Vasco, la revista *Historia Contemporánea* fundada por M. Tuñón, que dedicó ya uno de sus primeros números (n.º 5:1991) a la historia sociocultural y después ha publicado monográficos a las relaciones entre *Historia y Cine* (n.º 22: 2001) o a la *Historia y el turismo de masas* (n.º 25: 2003). Todo esto ha de entenderse al margen de los artículos individuales sobre temas de historia de la cultura y comunicación aparecidos las secciones misceláneas de estas y otras revistas. No se trata de ampliar esto a otras muchas revistas de Historia, pero en 2005 la importante publicación periódica modernista *Manuscrits* dedicó su n.º 23 al dossier *La informació i la comunicació a l'Època Moderna*. Sin duda, ello es representativo de un cambio de paradigma impensable décadas atrás.

bre todo, que han estimado poco los medios audiovisuales, cosa que, por el contrario, no ha ocurrido con el cine, con cierto tipo de cine. En ello actúa la oposición dicotómica que se establece entre medios de elites y medios de masas, o entre «alta» y «baja» cultura, pues obviamente ese desprecio se aplica a ciertos medios impresos «populares».

No deja de ser significativo que, durante mucho tiempo, existiera en España tan solo un libro escrito por un historiador sobre la llamada prensa «del corazón». Hasta hace poco escaseaban igualmente los estudios sobre historia del periodismo deportivo. Esto nos remite necesariamente a la célebre polémica sobre la historia de la «cultura popular»<sup>18</sup>. No voy a descubrir nada que no esté dicho hace mucho tiempo en torno a la discutible dicotomía radical entre cultura de elites y popular. Me remito a lo que señala Batjín, M. (1987), uno de los autores claves de la teoría cultural sobre las interacción entre esferas no estrictamente separadas y aisladas como la «cultura» y la «popular»<sup>19</sup>.

Sí merecería una reflexión más profunda y matizada el debate entre cultura popular y cultura de masas<sup>20</sup>. Concretamente en España, la indus-

---

<sup>18</sup> Se ocuparon del tema Strauss, G. y Beik, W. (1994) quienes advirtieron de la paradoja que suponía el que académicos que despreciarían sus equivalentes actuales, se ensimismaran en el estudio de comportamientos de hace siglos y que eran considerados inadecuados en su época. Se criticaban, de este modo provocativo, estudios de gran tradición, no solo en Gran Bretaña, sino en otras historiografías europeas. Es lo que ponen de manifiesto los libros de Ginzburg, C. (1981) (1989) o la síntesis de Muchembled, R. (1988), fruto de una deuda contraída con los trabajos realizados durante decenios por la historia de las «mentalidades» de los *Annales*.

<sup>19</sup> Esa dicotomía, cuestionable desde los análisis clásicos de M. Bajtin fue luego un tópico de la historia cultural desde E.P. Thompson pasando por C. Ginzburg y tantos otros..., con una larga serie de contribuciones imposible siquiera de ser aludida. Todo este tema pasaría por repensar qué es «elitista» y «popular», lo que excede a lo que puede anotarse en esta breve contribución.

<sup>20</sup> Está claro que los historiadores no se pondrían de acuerdo sobre esa contraposición. No ya los que escriben sobre Historia general contemporánea, sino ni siquiera los historiadores de la comunicación. Algunos autores defienden, por ejemplo, la existencia de la prensa de masas en España desde muy temprano o indican que ya en los Estados Unidos existía desde los años 30 del XIX una primera generación de prensa de masas. Son temas donde es complejo dar una respuesta tajante en poco espacio y más aún en una tradición historiográfica como la divulgada en España, donde, fuera de la historia de comunicación, y entre los historiadores renombrados fueron pocos los que se preocuparon por la cultura de masas. Entre ellos destaca probablemente J. P. Fusi, pero como una excepción. Es difícil no vincular cultura de masas con urbanización masiva, industrialización generalizada..., lo que en el marco español no se aprecia de forma algo extensa hasta fines del XIX.

tria cultural de masas no ha sido objeto de la atención necesaria por parte de los historiadores académicos. Ello no deja de ser sorprendente cuando, como sabe todo aprendiz de historiador, lo que caracteriza la evolución del mundo desarrollado desde el fin del XIX es la consolidación de las sociedades de masas<sup>21</sup>.

Uno de los problemas de la historia de la comunicación es que debería constituir un saber multidisciplinar o interdisciplinar, o, si se quiere, transdisciplinar. Pero, aunque lo proclamen, a muchos historiadores les cuesta interiorizar argumentos como los de T. Rabb, singular defensor de ese punto de vista. Subrayaba el autor cómo, desde hace varias décadas, los mayores avances en historiografía se habrían originado precisamente en los intersticios entre disciplinas<sup>22</sup>.

Ya hemos aludido a alguno de los problemas que entorpecen el estudio de los medios de comunicación desde la perspectiva de la historiografía. Visto desde la otra orilla, desde la de los expertos en Comunicación, la historia de los medios es un fenómeno que suele calificarse a menudo como marginal, aunque, en algunos casos y en determinada etapa de su trayectoria intelectual, pueda ser ocasión de estudio por parte de los comunicólogos. Esta su atención al pasado suele ser mayor que la que le conceden otras áreas de conocimiento, excepción hecha de la que le prestan algunos estudiosos de la Sociología, el Derecho, la Economía,

---

<sup>21</sup> En torno a la primera sociedad de masas no son frecuentes las contribuciones en la historiografía generalista española salvo excepciones como J. P. Fusi en su artículo: «La Edad de las Masas (1870-1914)», *Historia contemporánea*, 4, 1990: 261-272 o su libro de síntesis, Fusi, J.P. (1997): *Edad contemporánea, 1898-1939*. O ya en otro plano, su obra *El malestar de la modernidad* (2004) donde se analiza un tema muy distinto, y muy estudiado tanto por historiadores como sociólogos cual es la crítica del pensamiento elitista a la sociedad de masas con las conocidísimas contribuciones de W. Pareto, G. Mosca, J. Ortega, R. Musil, S. Freud... hasta seguir a argumentaciones entreveradas de autoritarismo inquietante, cuando no de franco totalitarismo. Se trata de un tema muy conocido en historia del pensamiento político por lo que se remite en todo caso a la accesible síntesis que aparece en Vallespí, F. (ed.) (1993), *Historia de la teoría política*, Madrid, t. 5: pp. 132-188. No deja de ser significativo que las mayores contribuciones en la historiografía disponible en castellano que utilicen la conceptualización de sociedad de masas haga referencia precisamente a la historia de los medios y, ya con mucho menor énfasis, en lo relativo a la historia de la producción económica tras la que fue llamada a veces «segunda revolución industrial».

<sup>22</sup> No casualmente fue Theodore Rabb quien impulsó publicaciones tan interesantes como la serie «Studies in interdisciplinary history» o la revista *The journal of interdisciplinary history*, aunque no se puede aquí entrar en esta cuestión con detenimiento, incluso en lo referido al ámbito más cercano a la Historia Cultural.

etc. Un caso bien distinto es el de la tradición de profesionales de los medios en tratar sobre la evolución de tal o cual ejemplo concreto. Esto ocurre seguramente debido a este tratamiento afecta a un nivel de estudio analítico.

La historiografía suele contemplar a la historia de los medios de comunicación como un tema periférico que dista de tener la entidad de otros asuntos relativos a la historia política, económica, social o ideológica. En todo caso, queda fuera de esta consideración general el caso de la historia cultural, para la que los medios representan un tema, si no crucial, sí muy relevante.

Atendiendo a la época en que vivimos, se plantea la cuestión de hasta qué punto el análisis de los medios de comunicación no debería ser cada día menos marginal en el estudio de la Historia en general. Excepción hecha de los más jóvenes, los historiadores suelen ser menos sensibles a las modas relativas a los cambios tecnológicos. Es verdad que todos los historiadores dan por hecho que están inmersos en la sociedad post-industrial, en la sociedad de la información, en la era digital, etc. Pero, excepto los expertos en fenómenos culturales, insisten en que lo verdaderamente importante de la actividad humana está constituido por otras cuestiones; lo mismo da que se trate de «acontecimientos decisivos» o por grandes «procesos estructurales».

Parece significativo que, a pesar de que lo puso de relieve hace tiempo Lacouture, J. (1978), muchos historiadores no quieren darse cuenta de que la historiografía actual ha cambiado desde los 70, en parte por la influencia de la esfera mediática en que vivimos. Se han producido una serie de «retornos» historiográficos (historia política, biografía, narrativa, acontecimientos, «corta duración», etc.) que no se pueden entender sin tener en cuenta, entre otros factores, la generalizada presencia de los medios en nuestra sociedad. Resulta elocuente que, aún hoy, demasiados historiadores no quieren darse cuenta de esa influencia. Lo propicia el desprecio que manifiestan respecto de esos medios, y del que se salvan la «prensa de calidad», el «cine de autor» u otros capítulos similares.

Una de las alternativas para el desarrollo de la historia de la comunicación consistiría en contemplarla desde donde le corresponde: desde la historia cultural. Ésta compone obviamente el territorio historiográfico que más interés muestra por las prácticas comunicativas y expresivas y por los medios de comunicación. Aunque sea de paso, convendrá anotar que existen tantas versiones de historia cultural como definiciones de

la palabra «cultura»<sup>23</sup>. No me extenderé sobre ello, ya que se trata de un tema bien conocido por cualquiera que esté un poco familiarizado con disciplinas como la Antropología cultural<sup>24</sup> o con los «Estudios Culturales».

<sup>23</sup> Evidentemente, lo expresado en el texto debería matizarse. Existe una larga tradición en torno a la historia cultural que nos llevaría, al menos, hasta J. Burckhardt. Pero en aquel momento distaba de ser contemplada como una corriente disciplinar. Ello, a pesar de notables excepciones conceptualizadoras como las de Huizinga, J. (1977; ed. esp.) que, en su edición original, fue escrita casi cinco decenios antes. En cualquier caso, hacia 1960 no estaba clara la diferenciación entre historia de la cultura y la historia de las civilizaciones. Es lo que se desprende de las consideraciones del gran «maestro pensador» de los *Annales*, Braudel, F. (1968). Sus referencias a autores anteriores del siglo XX como P. Sorokin o P. Bagby u otros más inquietantes como O. Spengler han vuelto a aparecer en el libro de Fernández Armesto, F. (2002). Esas ideas remitían a un concepto muy distinto de lo que se entendía en el ámbito anglosajón por «Historia cultural»: Gombrich, E.H. (1977) o Clark, K. (1979). Para el conocimiento de las variedades de la historia cultural remitimos a Burke, P. (2000). Habría que incluir también a diversas aportaciones que van desde la historia cultural alemana del XIX hasta la historia de las mentalidades francesa (Lloyd, G. (1990) o también a la historia intelectual que aún hace 25 años era vista por Darnton, R. (*Nouvelle Histoire*, 1980). El retorno de la narrativa iniciado por L. Stone y cierta «vuelta a las esencias» ha implicado un renovado auge de la historia política, biográfica, de los acontecimientos o de las ideas. Nos hallamos inmersos en medio de la incertidumbre historiográfica de la postmodernidad, donde las versiones de la historia cultural abarcan tantos campos como los citados en el aludido libro de Burke, P. (2000). No deja de ser elocuente que la historia intelectual, dada supuestamente casi por enterrada hace 25 años, mostrara recientemente un renovado vigor a través del «éxito» popular de obras que, como la de Barzun, J. (2002), se esfuerzan por trasladar lo que se advierte a nivel erudito en Kelley, D. (2002). Se trata, en todo caso, de una tradición más amplia, que arranca desde Lacapra, D.; Kaplan, S. (eds.) (1991) y el propio Kelley, D. (1992) y que ha propiciado una revitalización de la historia de las ideas. No se habla aquí de cierta escuela de historia del pensamiento y de la filosofía política vinculada al lenguaje como núcleo vertebral y que tanto ha influido en la historiografía de las ideas: Q. Skinner, J.G.A. Pocock, etc.

<sup>24</sup> La influencia de la Antropología en la historiografía fue paralela a la debacle de los *Annales*, aunque algunos de sus epígonos, como J. Revel, J. Burguière, etc... colaboraron en ello. Es verdad que había un precedente desde el marxismo británico con Thompson, E.P. (1995) quien, desde los años 60, había optado, en razón de su «culturalismo» postgramsciano, por una historia «social» muy distinta de la marxista clásica. A partir de E.P. Thompson, se consolidó un campo de conocimientos en el que surgirán trabajos, desde la *microstoria* italiana pasando por la *Alltagsgeschichte* alemana ya superadas, hasta la aún hoy muy vigente Historia oral. Entre las síntesis editadas en España puede consultarse la de Colomines, A.; Olmos, V.S. (1998), aunque cualquier manual de teoría e historia de la historiografía recogen informaciones adecuadas al respecto. La influencia de la Antropología en historia tiene un componente distinto desde que se apreció en historiografía la lectura de Geertz, C. (1991), considerada por algunos historiadores conservadores como una moda «amenazante».



Entre esas versiones de la historia de la cultura defenderé una perspectiva amplia que puede denominarse «historia sociocultural». Esto supone tener en cuenta, con matices, los cambios experimentados en la historiografía cultural desde fines de los 70. Hablo de Historia sociocultural y no de «historia cultural de lo social» a la que incluyo, con algunas reservas, dentro de la anterior. Y es que, con ser muy interesante, esta última se centra casi exclusivamente en la acogida de los «textos» impresos o audiovisuales; es decir, en la audiencia<sup>25</sup>. A este respecto, resulta muy valiosa la aportación de R. Chartier, uno de los máximos exponentes de esa *historia cultural de lo social*<sup>26</sup>.

---

<sup>25</sup> El problema acerca de hacer demasiado hincapié en la audiencia está apenas apuntado en el texto; para ver matices, cfr., p. e., Mcquail, D. (1997). Es comprensible el porqué de la crítica elitista de un T.S. Elliot o de la escuela de Frankfurt contemplados a veces como «apocalípticos» para emplear aquí, sin pretensión erudita, una conocida expresión de U. Eco. La visión de algunos historiadores pasa a veces por suponer una actuación a modo de aguja «hipodérmica» de medios todopoderosos, contando con una audiencia pasiva que se deja anestesiar y entendiendo a la audiencia como una masa indiferenciada. Habría que ver si la audiencia remite no a un uso sólo de los medios para ser manejada o para la autogratificación o para confirmar opinión previa. Son temas complejos que los historiadores descuidan a menudo de forma mecanicista. También se comprenden las críticas de sociólogos ante la confianza en lo que declara la audiencia en las encuestas de opinión, sin plantearse cómo se expresan deseos y necesidades. El problema con los estudios macroanalíticos sobre la audiencia en la historia de los medios es que la confianza en ellos resultaría hartamente hipotética, dada la escasa información disponible. El problema de cierto tipo de historia cultural resulta de fijarse en exceso en la audiencia, cuando estudios macroanalíticos de encuestas concluyen con generalizaciones que no nos dicen mucho que no supiéramos de antemano, como señala R. Darnton. Por otro lado, el problema de los estudios microanalíticos en cierta historia cultural es que uno tiene a menudo la impresión de que se trata de una combinación singular de excepciones propuestas para invalidar las reglas, con una significación de representatividad muy discutible.

<sup>26</sup> Cf. Chartier, R. (1993), (1993b), (1994a) (1994b) (1995a) (1995b), (1998), (2000) (2003) (2005) (2006) (2008). De entre sus trabajos, se han editado numerosos trabajos en castellano, tanto en España, como en Latinoamérica. No es casual su deuda intelectual con M. Foucault y con otros pensadores no tan conocidos fuera del ámbito de los historiadores, como Certeau, M. (1993), lo que resulta clave para explicar su visión de la historia cultural. La vinculación de esa «historia cultural de lo social» con la que, hace ya tiempo, se conoció como «Nueva Historia Cultural» es considerable, aunque hablar de «nuevo» para referirse a cuestiones divulgadas hace 20 o 30 años tenga ya poco sentido. Me refiero a enfoques que se pusieron de relevancia con el célebre libro de Hunt, L. (1989), libro que marcó un punto de inflexión en el llamado «linguistic turn», posteriormente «giro cultural»: Bonnell, V.; Hunt, L. (1999). Se trata, en cualquier caso, de una tendencia en la que a veces se pone más énfasis en «modas intelectuales» que modos analíticos originales desde el punto de vista historiográfico. Sobre estas corrientes se pueden consultar trabajos como

Pero, desde una trayectoria historiográfica dedicada a la historia social de las prácticas, es preciso tomar seriamente en consideración la acción humana, tan más si es colectiva. En este sentido, tengo que confesar que no comparto cierto determinismo culturalista que gira, una y otra vez en torno a los «textos» y que se centra de forma exclusiva en discursos y representaciones. Claro que, en sentido contrario, tampoco tendría sentido el rechazo empirista radical de algunos historiadores frente a los análisis de tipo discursivo<sup>27</sup>. El análisis del discurso es una aportación fundamental del pensamiento filosófico y lingüístico del siglo xx que no debería ser nunca despreciado como una extravagante y sofisticada moda parisina o californiana supuestamente trasnochada. El «virtuoso» punto medio entre

---

los Karsten, P.; Modell, J. (1992) o el *reader* de Poster, M. (ed.) (1997). Tampoco estaría de más leer trabajos como el de Spiegel, G.M. (1997). Una temprana consideración de esta corriente historiográfica y del postmodernismo fue primero debatida en congresos, para ser posteriormente editada: Olabarri, I. *et al.* (1996). No se tratará aquí acerca de la recepción del postmodernismo en España. Sobre ello escribió, hace no tantos años, Cabrera, M.A. (2004). Tampoco deben olvidarse otras variedades anteriores de la Historia Cultural. Nos referimos, entre otras, a las en su momento renombradas de Schorske, C.E. (1981) o Gay, P. (1984) que, influidas por la psicología, se referían a una sociedad histórica muy concreta, la de la Viena del final del xix. Esto esfuerzo fue anulado al otro lado del Atlántico por una banal psichistoria. En su momento escribí un estudio sobre sociología e historia de lo cotidiano en la revista *Ayer* —cfr. Gracia Cárcamo, J., *op. cit.*—. El segundo de esos autores ha producido trabajos de cierta repercusión en el mundo hispánico (Gay, P., 1992) comparables con otros estudios en torno a la cultura victoriana más ortodoxos, pero menos ambiciosos: Newsome, D. (2001). Es difícil sustraerse a la impresión de que estudios más recientes P. Gay (2002) evidencian quizá el agotamiento de un modelo.

<sup>27</sup> Desde hace cuarenta años, es un tópico en las Ciencias sociales la idea de la construcción social de la realidad; nada nuevo, en realidad, quien conozca la evolución del pensamiento occidental. Como observó, de forma quizás provocativamente exagerada, R. Darnton, cualquiera que se haya aproximado a la historia de la Filosofía europea puede conocer algunos precedentes. Podrían valer, como ejemplo, algunas de las aportaciones de la escolástica medieval en torno a la percepción de la realidad. ¿Exagerado? Estaríamos en la línea del filósofo español, E. Lledó, cuando advertía que ideas de críticos literarios como R. Barthes o J. Kristeva, entre otros, tampoco eran una aportación radicalmente sorprendente para quien conociera la filosofía platónica o la de pensadores clásicos (neoplatónicos) como Plotino. En cualquier modo, R. Darnton acertaba al señalar lo absurdo de contemplar al llamado postestructuralismo como si fuera un peligro monstruoso que amenazaba desde términos imponentes como «fenomenología», «deconstrucción», «hermenéutica», «semiótica» u otros. En todo caso, en la actualidad sería impensable imaginarse que una corriente historiográfica o de pensamiento se constituyera en tabla de salvación epistemológica, tal y como ocurrió, por ejemplo, hace treinta o cuarenta años, en gran parte de las Ciencias Sociales y Humanidades en España con cierta versión catequística del marxismo.

historiadores y comunicólogos se encuentra en lo que, desde hace décadas, se llamó «Cultural Studies», y que, a veces, fue tan injustamente denigrado por algunos sociólogos, periodistas, historiadores o filólogos<sup>28</sup>.

No parece que, en un futuro cercano, pueda llegar a formalizarse una disciplina de historia de la comunicación al estilo de lo que ha sucedido con la historia de la Literatura, de la Filosofía o del Arte. En muchos casos, las razones son obvias; en otros existen motivos que sería impropio elucidar aquí. Cabe argumentar, no obstante, que la inexistencia como área de conocimiento de la historia de la Comunicación está probablemente determinando esa falta de formalización, a la que tampoco es ajeno un auto-didactismo excesivo en este territorio historiográfico. Da una idea cabal de ello el hecho de que, en la Universidad española, sea excepcional que la existencia de un Departamento con ese denominación. Es raro que a un futuro historiador se le explique en sus estudios superiores qué es una mancheta, qué los ladillos separadores o la entradilla...; y eso solo por referirnos a la historia de la prensa que, por cierto, suele ser la de más acogida en la historiografía tradicional. Parecería como que aludir al cine-ojo de Vertov o a cualquier otro aspecto específico de la Historia de los medios audiovisuales o de la publicidad comercial, etc... supondría para esos estudiantes de Historia algo aún más inextricable. Pero no

---

<sup>28</sup> Es imposible discutir, en unas pocas líneas, un asunto de tanta entidad como el de los Estudios Culturales; y, menos aún, entrar en debates sobre la trascendencia de la llamada «escuela de Birmingham». La extensísima bibliografía que se puede encontrar al respecto en cualquier Universidad española es abrumadora. Baste, por tanto, con indicar que determinada base de datos conjunta de las bibliotecas universitarias españolas contiene cientos de entradas bibliográficas referentes al término «Cultural Studies». Conviene, no obstante, recordar que un autor clave desde la perspectiva historiográfica de la «Cultural turn», como E.P. Thompson, compartió muchas ideas y esfuerzos vitales con intelectuales como S. Hall (puede accederse a una traducción en castellano en un *reader* de Samuel, R. (ed.) (1984), o Hoggart, R. (1958). Otro autor destacable en ese ámbito fue Williams, R. (1994) (2000) (2003). Una vez más, llama la atención que estas ediciones recientes en castellano, al contrario que las antiguas, se editen habitualmente en países latinoamericanos. Sobre este autor, se puede consultar un libro excelente de Williams, R. (1992) (ed.). Para cualquier historiador de la cultura no especialista en historia de la comunicación pero interesado en ella, supondría un entorno acogedor encontrarse con «viejos conocidos» relacionados con los Estudios Culturales como R. Barthes (1982), S. Hall, G. Deleuze, M. Wolf (1987) (1994), P. Bourdieu (2003) y tantos otros. En ellos reencontraría ideas familiares para acercarse a cuestiones que no lo son tanto. Podría acercarse a la Teoría de la comunicación en general o, en particular, a la de la información periodística, de la radio y televisión, de la imagen fotográfica y fílmica o de la publicidad. Reconocería conceptos comunes a parte a las que, en un tiempo lejano, se llamaron Ciencias Humanas.

esto no ocurre solamente en este campo. En sentido inverso, se detectan a veces errores metodológicos básicos sobre cuestiones históricas en algunos estudios escritos por un sector minoritario de comunicólogos. Y eso que, antes de la implantación del Espacio Europeo de Educación Superior, los estudiantes de Comunicación, al menos en la Universidad española, han debido cursar, con mayor o menor entusiasmo, algunas asignaturas de Historia. El futuro de nuevos planes de estudio de Educación Superior y, sobre todo, en lo relativo, más a los grados de Publicidad y Comunicación Audiovisual y no tanto al grado de Periodismo, puede cambiar esa trayectoria, aunque la situación será muy diferente en cada centro universitario español. Cabe temer, sin embargo, que el interés excluyente y omnímodo por los aspectos tecnológicos relativos a la situación actual de los medios y, sobre todo, a los aspectos instrumentales o muy específicos de los lenguajes y técnicas comunicativas provocará quizá un déficit aún mayor en el conocimiento de la influencia de los aspectos diacrónicos e históricos en la situación actual de los medios.

Convendría animar a que autores que no tengan formación historiográfica específica se acerquen al pasado de los medios. Todos conocemos aportaciones que resultan admirables en su voluntad de recuperar la memoria histórica de los medios, pues rompen con un prejuicio anti-historicista que impregna radicalmente a un número considerable de personas que se mueven en ese entorno. No hace falta remitirnos a autores como K. Williams para comprender que desde los medios exista una gran resistencia a un tratamiento histórico de los sistemas, procesos, prácticas o fenómenos... comunicativos<sup>29</sup>. Quizá esto sea comprensible en la medida en que viven pendientes de la actualidad. Resultaba alentador en su momento, e independientemente de cuál fuera la motivación, el que, a partir de apertura de Facultades de Ciencias de la Información y luego de la Comunicación en las décadas finales del xx, desde la Universidad española se publicaran estudios sobre los medios que incluían también una mirada sobre la Historia, aunque tan sólo fuera en un primer capítulo. Lo hacía posible la circunstancia de que, en los inicios de una disciplina y a falta de otros ámbitos a los que recurrir, podía resultar fácil echar mano de las fuentes históricas. Por otro lado, la propia sociedad del momento parecía

---

<sup>29</sup> No hay que confundir la supuesta indiferencia hacia la historia de la Comunicación por parte de los profesionales que trabajan en medios con el interés que han mostrado determinados teóricos en torno a este aspecto evolutivo. Entre otros muchos, son ejemplo de ello estudiosos como Balle, F. (2001) o Schudson, M. (1991).

más sensible y abierta que la actual ante un estudio histórico-evolutivo. Hoy, el problema radica en que se vaya a continuar con esa trayectoria.

Este aprecio por las aportaciones de comunicólogos en general y sin matices a la Historia de la Comunicación tiene inevitablemente sus límites. A veces se han sobrevalorado, por ejemplo las aportaciones (más bien intuiciones) de la llamada «escuela de Toronto» y, dentro de ella, algunas de las aportaciones de M. McLuhan. En cierto modo y tras etapas de olvido, se vuelve a reivindicar, desde un profundo determinismo tecnológico, una consideración de las sociedades del pasado a través de análisis a veces simplificadores y carentes de evidencia documental<sup>30</sup>. Al contrario de lo que suele ser habitual en otros campos historiográficos, la historia de la comunicación surgió hace más de medio siglo a partir de brillantes y originales intuiciones, aunque paradójicas y contradictorias también, antes de que hubiera previamente una investigación empírica muy sólida.

Es verdad que los autores que han escrito sobre la historia de la comunicación no han leído siempre correctamente, críticamente, a M. McLuhan. Incluso, sin leer directamente a McLuhan, se han transmitido una serie de tópicos creados por el filólogo canadiense sobre supuestas «revo-

---

<sup>30</sup> La historia de la historiografía de la comunicación (ya no la de la prensa, la del cine, etc.) suele comenzar refiriéndose a las paradojas, profecías, aforismos de M. McLuhan (o, si se quiere, de su maestro Innis), pero no se trata aquí de entrar en querellas eruditas. No me refiero a errores factuales, sino a generalizaciones fruto de intuiciones. A muchos historiadores que conocen sólo «de oídas» algunas intuiciones ingeniosas de McLuhan, les parecen marcadas de antemano por un determinismo mediático. Tampoco se trata de ignorar su erudición, a veces muy sesgada en lo que hacía referencia al contexto sociohistórico, ya que tomaba lo que había leído como hipótesis en tal o cual libro entonces reciente, para pontificar como si se tratara de una especie de ley científica indiscutida. Aunque sea puramente anecdótico, resulta esclarecedor que, en la biblioteca de la Universidad del País Vasco, no exista ningún ejemplar de su obra más difundida: McLuhan, M. (1998). Aunque agotada en castellano, su traducción en lengua vasca todavía es adquirible en alguna librería. Aparte de ella, resultan interesantes a los historiadores generalistas trabajos como McLuhan (1990) (1994), reiteradamente reeditados, o la recopilación McLuhan, E.; Zingrone, F. (1998). Lo simplista de su determinismo lo hacía atractivo, exactamente igual que ocurría con cualquier otro determinismo ya economicista, sociográfico, institucionalista, culturalista... o el lingüístico en tiempos más recientes. Y simplismo llama a simplismo. Es, al menos, el caso de cierto revisionismo posterior que criticó la «revolución» de la era impresa de McLuhan pero que enfatizaba otras «rupturas», como la de la supuesta «revolución» de la lectura en silencio. No se alude con detenimiento aquí a ciertos autores muy conocidos que, a veces, se presentan como vinculados a esa versión de la historia de la comunicación: Ong, W. (1987), Goody, J. (1985) y (1999), Havelock, E. (1996). Supondría entrar en matices de calado que necesitarían una discusión más profunda.

luciones mediáticas» o eras (de Gutenberg, eléctricas o electrónicas) que resultan extremadamente discutibles. Resulta casi incomprensible que autores que se ocuparon de escribir sobre Historia de los medios de comunicación no tuvieran en consideración fundamentos epistemológicos de la historia tan básicos como el de la multicausalidad; esto es, que no existe un solo factor (político, económico, tecnológico, social, ideológico...) que explique, él sólo por sí mismo, procesos históricos complejos. Tenerlo en cuenta ayudaría a evitar determinismos (sobre todo de tipo tecnológico) que han sido relativamente frecuentes en trabajos apresurados en historiografía de la comunicación.

A menudo se tiende a ignorar que la metodología historiográfica, tanto general como de la cultura y de la comunicación, implica una compleja dialéctica entre cambio y continuidad. No tiene sentido, pues, hablar de «repeticiones» o de «revoluciones» en Historia Cultural. Nada resulta más absurdo que pretender, como se ha dicho por algunos sociólogos que actúan como historiadores «amateurs», que la globalización o mundialización no sería un fenómeno en absoluto nuevo, sino que procedería del siglo XVI. Esto, dicho sea de paso, deriva de una incorrecta comprensión de controvertidas ideas expuestas hace ya más de treinta años por I. Wallerstein. Tópicos clásicos como «*nihil novum sub sole*», «*Historia magistra vitae*» y tantos otros resultan inaceptables en historiografía desde su constitución como universitaria en la Europa del XIX. Esto no supone dejar de admitir que hay ciertas «continuidades» (más que regularidades, cuya existencia resultaría problemática) en la Historia (incluida la cultural y de la comunicación). Pero aquellas tendencias coexisten con cambios que pueden ser más acelerados en ciertos períodos. A partir de la Edad Moderna «temprana» y de modo metafórico, se llamaron «revoluciones» a los cambios políticos radicales. Pero los procesos culturales distan de ser similares en sus ritmos de continuidad y cambio a los fenómenos políticos, caracterizados por mayores alteraciones en la «corta duración».

Tampoco resulta correcto, de acuerdo con la metodología y teoría historiográfica más aceptadas académicamente, que se olvide que debe valorarse de modo muy diferente la importancia de explicaciones estructurales relativas a sistemas y procesos (tecnológicos, económicos, políticos, etc.) frente a otro aspecto muy distinto como son las explicaciones intencionales donde se destaca la relevancia que tienen los sujetos. Y tampoco se justifica, al menos desde la crisis de los grandes «metarrelatos» (tanto funcionalista-liberal como marxista) en los años 70 y 80, el recurso a explicaciones que contemplan el desarrollo histórico como un progreso rec-

tilíneo y teleológico hasta la sociedad occidental que hoy conocemos como si fuera el destino inevitable de la Humanidad.

Hay que tener mucho cuidado con las visiones simplistas que ven tendencias inevitables en la evolución de los medios y prácticas comunicativas, como puede ocurrir, por ejemplo, con las discusiones relativas a la omnipresente y secular reducción del espacio comunicativo público y la paralela acentuación del espacio privado. Lo que, hace cuarenta años defendían ciertos epígonos de la escuela de Frankfurt en el célebre debate sobre la radical dicotomía en la evolución histórica moderna y contemporánea de las esferas comunicativas pública y privada, dista de ser hoy tan evidente en la historia cultural, e incluso en la más amplia historia social<sup>31</sup>.

A una historia sociocultural de la comunicación no le interesa detenerse en el pasado en sí de los medios de comunicación para recrearse en él. Su objetivo es otro: ahondar en el estudio comparativo del pasado y del presente de las prácticas y medios de comunicación, tomando premisas que tienen ya más de siete décadas. Inevitablemente, esa investigación se produce desde preguntas planteadas desde el presente, pero es imprescindible precaverse de presentismos y anacronismos en relación con la evolución de los sistemas, procesos y fenómenos comunicativos. Y esto es muy difícil, más en una sociedad como la actual cada vez más ensimismada en su propia situación y reactiva al diálogo entre pasado/presente. La sociedad actual está, además, marcada, en gran parte, por una carencia auténtica de memoria escrutada de forma analítica por la investigación académica. No vale con el mero recuerdo vivencial acrítico, grupal o individual. En cierta historiografía actual existe, además, una predominancia utilitarista, a modo de herencia a ultranza del neohistoricismo croceano, que insiste desde un marcado relativismo que el pasado sólo tiene sentido como construcción social desde aquí y ahora.

Sin embargo, las preocupaciones, intereses y características que afectaron a los fenómenos comunicativos del pasado no son los de hoy. Si partimos de que esos caracteres son fundamentalmente parecidos a los de la

---

<sup>31</sup> Se alude en el texto al debate a partir del libro de Habermas, J. (1981) que supuso un capítulo importante en la historia del pensamiento sobre la comunicación social. La Sociología Histórica posterior matizó estas cuestiones en trabajos tan lúcidos como el de Sennet, R. (1993). Lo hizo dentro de una obra de excepcional interés para la Historia y Sociología de la Comunicación: Sennet, R. (1997: ed. esp). Para la historia de la vida privada, se puede consultar Gracia Cárcamo, J. (1995): *Ayer*, n.º 19.

actualidad y que se explican desde el presente, supondría afirmar la total subordinación de la historiografía de la comunicación respecto de la teoría y sociología de la comunicación. Aquella se convertiría, de este modo y al estilo anti-historicista popperiano más radical, en casi innecesaria, salvado su papel como fuente documental. Quizá haya podido influir en esto la difícil condición que, desde los 80 y hasta hace pocos años y tras la crisis de los metarrelatos en la postmodernidad, ha vivido la historia como saber disciplinar. Ha influido en ello la negación a veces radical de ciertas premisas «objetivistas» de algunas escuelas «estructurales», singularmente de los *Annales*, pero también de otras corrientes estructurales, como el llamado marxismo historiográfico británico (de profunda índole sociocultural), la escuela de Bielefeld, la Sociología histórica (francesa, o anglosajona), etc.

Suele darse por supuesto que no debería ser, en principio, estudiada por la historia de la Comunicación la historia de las relaciones comunicativas interpersonales; aquellas que no tienen repercusión «social» y que no van más allá del nivel de la interacción en su escala más reducida del cara a cara e incluso las que se desarrollan en los grupos primarios (familia, vecindad, etc.). Pero, si un enfoque extremadamente laxo de la historia de la comunicación resulta inadecuado en la práctica dada su inabarcable extensión, probablemente lo sea también una visión demasiado restrictiva que lo limita a la historia de los medios presentes en la actualidad. Una historia sociocultural de la comunicación debería hacer hincapié en aspectos poco tratados hace poco tiempo en el ámbito peninsular, lo que contrasta con lo que sucede en ciertos países más avanzados en el ámbito epistemológico, sobre todo en el mundo anglosajón.

Por otro lado, resulta significativo que un excelente y relativamente reciente manual español, señalara que en historia de la comunicación lo importante sería investigar «quién dice qué a quién mediante qué canal y con qué consecuencias». Dicho sea de paso, este desideratum dista de poder alcanzarse por algo tan básico, en muchos casos, como la falta de fuentes documentales accesibles. Pero esto, que fue innovador cuando hace más de seis décadas lo formuló H. Laswell<sup>32</sup>, hoy parecería poco ambicioso como respuesta a un necesario afán por recuperar un cierto retraso epistemológico en esta área dentro del ámbito español. Objeti-

---

<sup>32</sup> Entre otras muchas cosas, este autor fue el editor de un excelente *reader* acerca de historia de la comunicación política, trabajo que, pese al tiempo transcurrido desde su publicación, conserva un notable valor. Cfr. Laswell, H. *et al.* (1980).



vos como los que indicaron hace más de dos décadas estudiosos como K. Ward eran notablemente mucho más amplios y replanteaban estos problemas de forma más precisa. De acuerdo con ese último autor, se debería estudiar en dimensión retrospectiva a los comunicadores, su organización institucional, la relación con los poderes públicos y privados, la influencia del contexto tecnológico en la creación del producto cultural, la estructura y el significado del mensaje, la relación con la audiencia, etc., etc. Y todo ello debería hacerse partiendo de los textos impresos y audiovisuales como portadores de significado, investigando la negociación del significado por parte de una audiencia no meramente pasiva, sino de acuerdo a un significado construido y reelaborado continuamente.

Es verdad que todo esto, por lo general, queda muy lejos del nivel epistemológico alcanzado por muchos de los estudios que se han interesado por los medios de comunicación en el pasado peninsular. Pero, en los últimos años, han aparecido trabajos que se lo han propuesto, al menos, como horizonte de expectativas, aunque ello no siempre se pueda lograr en la práctica debido al estado de la documentación. Eso, al margen de estudios muchos más numerosos que se acercan a lo anterior, sobre todo cuando abordan épocas posteriores a 1975, cuando se cuenta con fuentes mucho más numerosas. Es verdad que se mueven en un espacio disciplinar con fronteras difusas entre la historia y una presentista sociología de la comunicación.

La historia de la prensa, radio, televisión, fotografía, cine, publicidad, etc. ha tendido a ser objeto de cada vez de mayor atención en la bibliografía española. De hecho, un autor como A. Checa Godoy (2008) ha indicado que un porcentaje no precisamente pequeño de las publicaciones impresas sobre el mundo de la comunicación remiten a ese ámbito historiográfico. Pero hay otras muchas formas de comunicación que no están vinculadas a un soporte físico, que son importantes y que, a veces, han sido desatendidas por los estudiosos de la historia de la comunicación. Eso sí, han recabado el interés de los especialistas en historia cultural. Resulta característico, al menos como indicio de partida, que en muchos manuales que se refieren a la historia de la comunicación se alude a esas prácticas comunicativas no vinculadas a un soporte físico en lo relativo a la época antigua, medieval y al Antiguo Régimen. Pero en cuanto se entre en la etapa contemporánea, y a veces apenas avanzado lo relacionado con la Edad Moderna «tardía», esos manuales se limitan a los fenómenos, sistemas o procesos comunicativos vinculados a soportes impresos, audiovi-

suales. Casi todas las síntesis sobre Historia de la comunicación estudian fenómenos comunicativos como el teatro en la Grecia clásica, la simbología iconográfica en los templos medievales o la fiesta en el Renacimiento. Pero en cuanto se atiende a la ampulosamente llamada «revolución de la imprenta», esas prácticas comunicativas y formas expresivas son progresivamente desatendidas hasta desaparecer casi siempre por completo en lo que respecta al periodo iniciado con el siglo XIX.

Con el fin de obtener mayor perspectiva epistemológica, el estudio de la Historia de los espectáculos no debería ser contemplado al margen de la historiografía sociocultural. Lo plantea oportunamente un volumen recientemente aparecido<sup>33</sup>. Entretenimientos populares como el toreo, el circo, funciones musicales, romerías, etc., son asuntos menos estudiados dentro del ámbito académico de la historia de la comunicación en lo relativo al siglo XX español que por los expertos en época previas, de manera que algunas síntesis generales de estos asuntos le dedican menor atención a partir del hito de 1800. Quedaría por estudiar con más intensidad cómo actuaban los rumores y otras prácticas comunicativas etc., también dentro del período contemporáneo y, aún más, en lo que respecta a lo que sucede a la modernización desde el fin del XIX.

El estudio de las solidaridades vecinales y locales como forma de comunicación social ha sido objeto de atención en la historiografía medieval o modernista, más sensible a la historia sociocultural, pero no tanto por la historiografía centrada en épocas posteriores. Sería injusto olvidar, ya en la lo relativo a la sociedad de masas, la especial función del deporte<sup>34</sup> como espectáculo dentro de una historia sociocultural de prácticas comunicativas que inevitablemente se debiera interesar por el ocio, al margen de que fueran divulgadas en no pequeño grado por su interacción con los

---

<sup>33</sup> Me refiero, en concreto, al volumen n.º 79 de la revista *Ayer*. Se trata de un monográfico sobre espectáculos y sociedad española contemporánea editado por Baker, E.; Castro, D. (2009). Incluye, desde el teatro o la zarzuela, hasta el deporte y el cine. En todo caso, su lectura no resta relevancia a esbozos generales de amplio espectro previos como los de Amorós, A.; Díaz Borque, J.M. (1999).

<sup>34</sup> Afortunadamente existe un interés por la historiografía del deporte en el mundo anglosajón y francés Pociello, C. (1985), Mandell, R.D. (1986: ed. esp.), Grover, K. (1989), During, B. (1990), Mangan, J.A. (ed.) (1992), Caillat, M. (1996), Terret, T. (1996), Krüger, A.; Riordan, J. (1996), Pope, S.W. (1997), Brailsford, D. (1997), Vigarello, G. (2000), Mangan, J.A. (ed.) (2001), Hill, J. (2002), Polley, M. (2007). También en España ha evolucionado positivamente el panorama historiográfico desde Olivares, J. (1994), para llegar a obras como la de Almeida, A.S. (2004) o Salvador. J.L. (2004).

medios de masas. Y eso vale tanto en lo que corresponde a las clases populares, desde una «historia desde abajo», como en lo que tiene que ver con las clases medias o con los grupos de mayor poder adquisitivo<sup>35</sup>. Resulta también conocida la existencia de publicaciones de mayor o menor antigüedad sobre formas de comunicación de las elites locales en diferentes círculos de sociabilidad. Pero debe resaltarse igualmente que, salvo excepciones, no se cuenta con suficientes síntesis o libros de conjunto que abarquen el complejo mundo de prácticas comunicativas del XIX y el XX.

En cuanto a la función comunicativa de la música, y hablamos del siglo XX, habría que investigar de forma más sistemática la historia de la música popular. Y no sólo de los *music halls* o teatrillos populares, el cuplé, las coplas y canciones tradicionales, objeto de atención a veces por hispanistas foráneos que fueron luego seguidos por historiadores universitarios españoles. Requiere también una mayor atención el estudio historiográfico del *rock*, *pop*... y otros movimientos musicales de la segunda mitad del XX en adelante; y ello desde una perspectiva académica y no sólo cronística o divulgativa. No es de recibo afirmar que se trata de un objetivo imposible: mucho menos si nos atenemos, por ejemplo, a los trabajos realizados en otros países europeos e, incluso, a lo apuntado en alguna reflexión española reciente<sup>36</sup>.

Es evidente que las prácticas comunicativas que se producen en ámbitos espaciales cerrados no están limitadas al teatro y a otros espectáculos. No se debe olvidar la trascendencia de procesos comunicativos que han tenido lugar en espacios litúrgicos en la historia contemporánea española previa a la segunda mitad del XX. Debería adquirir una especial relevancia el estudio del impacto en la audiencia de las predicaciones o sermones en las iglesias. Lo justifican la repercusión que, hasta épocas relativamente

---

<sup>35</sup> Está claro que el desarrollo de la «history from below» dentro de la historia socio-cultural hizo olvidar a los estudiosos académicos ámbitos de sociabilidad de las elites, que, sin embargo, sí fueron estudiadas en crónicas más o menos amplias o en la historiografía positivista. No tratamos aquí de la historiografía de la sociabilidad. Se trata de un amplio territorio historiográfico que, si remite a la historia de la Comunicación entendida como interacción humana dentro de grupos sociales, supera de largo las fronteras de los estudios sobre la historia de las formas expresivas y de los medios comunicativos. Desde los años 80 del siglo XX existe una abrumadora literatura historiográfica, particularmente en los países latinos o mediterráneos, incluida España.

<sup>36</sup> Desde presupuestos de otra área de conocimiento, la filosofía en este caso, Pardo, J.L. (2007) se acerca al llamado malestar de la cultura de masas. Integra en su análisis fenómenos de la música popular de la segunda mitad del XX.

tardías, han alcanzado en una no pequeña masa social y sus consecuencias en ámbitos cercanos a la historia política<sup>37</sup>.

En ámbitos distintos a los eclesiásticos, existen otras formas de comunicación que los especialistas de algunos periodos históricos han estudiado con cierta intensidad; más en lo relativo a la época moderna que a la contemporánea y más en lo referente al siglo XIX que al XX. Me refiero, por ejemplo, a la significación comunicativa de la fiesta, donde no sólo se deben tener en cuenta manifestaciones de motivación religiosa, sino los diversos espectáculos comprendidos en lo que suele englobarse de forma demasiado cómoda como «cultura popular». Entre nosotros, esto alude a manifestaciones tradicionales procedentes de periodos pre-contemporáneos. Nos referimos a los carnavales de origen medieval pero profundamente transformados en la contemporaneidad, a las funciones de toros enraizadas en el Antiguo Régimen o a los espectáculos deportivos propios de la cultura de masas desde fines del XIX.

Los historiadores españoles que han estudiado el siglo XX no han investigado, al menos hasta hace pocos años, con interés la historia socio-cultural de las prácticas meramente lúdicas. Han incidido más bien en una historia política de actividades que tomaban la sociabilidad festiva de determinadas organizaciones como instrumento de la acción militante. Ello venía «justificado» por el aparente rigor y «seriedad» de la historia política frente a una supuestamente más superficial historia cultural.

Resulta difícil poner límites definidos en la historia de las prácticas comunicativas y no entrar de lleno en un área distinta que se integra en la más amplia historia social de la vida cotidiana o en la historia de la sociabilidad. Es verdad que ambas representan áreas de investigación ciertamente próximas a la historia de la comunicación y se insertan plenamente en lo que antes conocía como historia de las «mentalidades» y que hoy se define como historia cultural. Parece claro que los espectáculos referidos al entretenimiento se encuentran en ese límite. Cabe preguntarse, sin embargo y a modo de ejemplo, por qué nunca se discute si la linterna mágica y otros espectáculos pre-cinematográficos deben o no ser objeto de una historia de la Comunicación. Esto solo se explica desde una historia de la Comunicación limitada a una perspectiva presentista desde los medios, lo

---

<sup>37</sup> Además de estudios «micro» o locales, se publicó en el ámbito español una tesis doctoral relativa al siglo XIX: Portero, J.A. (1978). La obra se sitúa dentro del interés académico coetáneo por la historia de la oratoria de la que dan ejemplo obras como la de Seane, M.C. (1977).

que supone paralelamente descartar las formas de comunicación que no llevan de forma inevitable y teleológica a posteriores medios de masas. Dentro de una historia de la comunicación podrían incluirse también otros aspectos que apuntamos en nota<sup>38</sup>.

Conviene no olvidar, por otra parte, que en el pasado existieron algunos medios de comunicación que hoy no suelen considerar ya como tales; los libros, por ejemplo. Es dudoso que hoy puedan ser considerados como medios de comunicación, ya que, dentro de éstos, se tiende a incluir exclusivamente a los característicos de la cultura de masas. Como observó J.N. Jeanneney, quizá pueden aspirar a esa categoría tan solo los textos de educación obligatoria y los best-sellers. Pero la realidad actual no debe prejuzgar de forma presentista nuestra visión sobre procesos retrospectivos.

Hasta época reciente, tampoco se ha estudiado en nuestro país el ámbito de la historia de la lectura, por lo menos en lo que respecta a la época contemporánea. Ocurría de otro modo en lo que se refiere a la era moderna. Tenía que ver en ello la influencia positiva de hispanistas franceses, en general profesores, no solo de Historia de España sino de una interdisciplinar «Civilización española». Y por lo que se refiere a la segunda mitad del siglo XX, merecería la pena estudiar de modo más sistemático y analítico la evolución de la industria discográfica y la audiencia vinculada a ella en el ámbito peninsular.

Es obvio que el desarrollo de la historiografía sobre los medios de comunicación necesita contar con centros documentales adecuados. Para que se pueda desarrollar de forma adecuada una práctica historiográfica, previamente ha tenido que existir un trabajo propio de documentalistas que conserve los registros y huellas culturales del pasado. Esto plantea complejos problemas sobradamente conocidos por todos en torno a la historia de los medios de comunicación.

Abordar este problema con un mínimo detenimiento en una época como la actual, supuestamente caracterizada por lo «hipermedial», supon-

---

<sup>38</sup> Dentro de la historia de la comunicación tal como la entienden Fillchey, P. (1993) o Winston, B. (1998) habría que ocuparse del telégrafo, del teléfono..., y de otros medios de comunicación interpersonal. Está claro que interpretando la historia de la comunicación como se hace, por poner un ejemplo muy divulgado, en Briggs, A.; Burke, P. (2002), habría que estudiar muchas más cuestiones, pero tratar acerca de vías de comunicación o infraestructuras de transportes nos introduce en un ámbito muy distinto al aquí hemos tomado como abarcable.

dría disponer de un espacio que supera con creces el ámbito de este trabajo. Y ello pese a que la diferencia existente entre España y otros países de la Europa occidental no deje de plantear interrogantes que tienen que ver, no ya con la historia cultural sino con la política cultural que deberían desarrollar las autoridades, las dependientes del poder central, de los autonómicos y eventualmente los locales. Sin embargo, todo ello supera de largo el objeto de este estudio.